

pertenecen á una ciudad. Las paredes están cubiertas de una humedad perenne, y solo en pleno verano, á medio día, es cuando penetra fúrtivamente un rayo de sol en este sitio lúgubre. Entonces se anima un poco la calle, hasta que, extinguido aquel rayo, todo vuelve á sumergirse en el silencio y en las tinieblas.

¿Y era allí en una de esas casas siniestras, donde debía encontrar el único hombre que, según me habían dicho, podía llevar á buen término un asunto inabordable para todos los legistas de Méjico?

Detúveme á reflexionar un rato, contemplando aquel singular sitio escogido para despacho de un jurisconsulto; y recordaba vivamente lo que había pasado en la plaza aquella mañana. ¿Como explicar el tono de familiar franqueza de don Tadeo con aquel asesino, á quién en mi presencia entregara la carta de la *china* para otro miserable? Esta extraña intimidad de un abogado con gentes de tal ralea me pareció desde luego de mal agüero, más el asunto era de harto grande interés para mí, y, por otra parte, hay apariencias que engañan.

Por consecuencia salí del callejón del Arco, resuelto á volver allí dos horas después.



II

El héroe

Había anochecido ya. Era una de esas noches de Mayo en que la claridad de la luna da á Méjico un aspecto maravilloso. Bajo los trópicos despliega la luna voluptuosa magnificencia, desconocida en los climas nebulosos. En la Plaza Mayor no había tanta gente como antes de ponerse el sol: los paseantes hablaban en voz baja, cual si temiesen turbar la tranquilidad de esta noche plácida.

Por allí, bajo el ancho abrigo del traje nacional, encontré más de una pareja misteriosa, de esas que alimentan la crónica maldiciente de los salones. Nada digo de los aventureros, que tanto abundan en Méjico, tipos de perdonavidas, que arrastran por las aceras sus pesados sables de vaina de acero, ó hacen resonar sus chillonas espuelas. Preocupado con mi propósito, no reparé en ninguno, y me dirigí lentamente al callejón del Arco, no sin algún desasosiego.

Al primer paso en la sombría callejuela me dió en el rostro una corriente de aire frío, como el que sale de una gruta; parecía penetrarme hasta los huesos.

Permanecí unos instantes á la entrada del callejón, buscando algún vestigio de luz en las ventanas ó en las puertas de las casas, pero todo parecía desierto. Formé enseguida mi resolución y me encaminé casi á tientas en dirección de la casa que había estado reconociendo aquella misma tarde.

En esto oí ruido de pasos detrás de mí y ví á un hombre que seguía el mismo camino. Quise arrimarme á la acera; más ignoro como mis pies se enredaron en una espada que él llevaba; lo cierto es que tropecé y evité la caída asiéndome á su capa.

El hombre dió un paso atrás, y el ruido metálico me advirtió que tiraba de la espada.

¡Ira de Dios! exclamó, ¿busca el ladrón mi persona ó mi capa?

Creí reconocer la voz y enseguida contesté:

—No soy ladrón ni asesino, señor Don...

Esperaba que el ayudaría mi memoria pronunciando su nombre, más no fué así, y arrimándose á una puerta contigua, me preguntó en tono áspero:

—¿Quién es V. y que pretende de mí?

—Busco la casa del licenciado don Tadeo, que es, según creo, la que tenemos delante.

—¡Ah! ¿y quién le ha indicado á V. esta casa?

—El tío Lucas, el memorialista. Necesito consultar á Don Tadeo un asunto de mucha importancia.

—Si es á don Tadeo está Vd. hablando con él.

El traje de aquel hombre, cuyas facciones no podía distinguir, era en efecto parecido al que me quedara tan presente. Me dí prisa á añadir que me felicitaba de la casualidad del encuentro, y le pedí una entrevista.

—Con mucho gusto, replicó, pero entremos en casa y podremos hablar con entera libertad.

Al decir esto llamó con el pomo de su espada á la puerta contra la cual se arrimaba.

—Mi profesión me obliga á tomar algunas precau-

ciones; ya comprenderá V. el motivo y no se asombre de mi extraño domicilio. Le habán dicho á V. que soy un original, y tienen razón...

Don Tadeo se interrumpió; la puerta de la casa misteriosa se abrió con gran ruido de cadenas. El portero, con un gran tarol en la mano, se inclinó respetuosamente y el licenciado le hizo seña de que le siguiera.

Atravesamos rápidamente el portal, y despues de subir una escalera bastante empinada, nos detuvimos ante una mampara, sobre la cual se leía en grandes caracteres: SOCIEDAD FILARMÓNICA. Del interior se escapaban voces y gritos confusos.

—¿Son clientes de V. los que meten ese ruido?

Sin responder á mi pregunta, don Tadeo levantó el picaporte y al momento nos hallamos en una pieza espaciosa y medianamente alumbrada, en medio de la cual había una gran mesa de tapete verde, rodeada de jugadores.

Además de los quinqués de las paredes, completaban el alumbrado cuatro bujías altas como cirios de iglesia, metidas en tubos de hoja de lata. A los lados había mesas pequeñas, en las cuales se servía á los consumidores infusión de tamarindo y licores de Barcelona.

Por último, al extremo de la sala se elevaba un estrado con adorno de varias pinturas que representaban un grotesco grupo de contrabajos, clarinetes y trompas de caza.

Cualquiera comprenderá mi sorpresa al hallarme con aquello, cuando buscaba el despacho de un abogado. Púseme, pues, á mirar á mi acompañante, cual si fuese por primera vez: era, en efecto, el hombre á quien había encontrado en la plaza de toros y en los Pórticos de los Mercaderes. Con su extraño traje, sus largos y rizados cabellos y su tizona, don Tadeo

tenía mucha más traza de bandolero que de jurisculto.

A los primeros pasos que dió en la sala se le acercaron dos individuos.

El uno era un gigante de aire feroz y estúpido, que le tendió su manaza diciendo en español, pero con acento inglés muy marcado.

—¿Como está el señor don Tadeo?

—Mejor que aquellos á quienes V. aborrece, maestro John Pearce, respondió el licenciado, deteniendo á su interlocutor con una mirada fría y penetrante como la punta de una espada. Bien sabe V. que tiene formada su reputación así en Méjico como en Tejas, sobre todo desde que...

—¡Chist! dijo el yanqui, tengo que consultarle á usted, con su permiso.

—En seguida, pero antes permítame V. oír á este caballero, á quien he encontrado primero que á V.

—Antes oígame V. á mí, por favor, señor licenciado, dijo el otro individuo que era vizco, de cabellos grises, y vestía el traje nacional mejicano. Tengo que pedir á V. también un consejo...

—¡Ah! ¿eres tu, Navaja? contestó don Tadeo, mirando severamente al individuo de pies á cabeza, ¿se trata aun de aquel mal negocio?

—¡Chist! ya ocuparé el tercer lugar, puesto que usted lo quie reasí.

Bastó á don Tadeo su alusión á dos episodios, nada edificantes sin duda, de la vida de sus clientes, para librarse de sus importunidades. Era admirable el poder que le daban su caracter y su experiencia, ésta adquirida evidentemente á costa de un trato fútil y peligroso con los héroes más temibles del populacho mejicano.

—Veamos, me dijo al fin don Tadeo. ¿Podré saber ahora quién es V. y qué asunto le ha traído aquí? Es preciso que sea muy delicado, pues no suele acudirse

á mí sino para resolver dificultades que mis colegas juzgan insuperables. Apuesto á que fué uno de ellos quien se lo aconsejó.

Nombréle el licenciado que me elogiara el corazón intrépido y la buena espada de don Tadeo, y este movió la cabeza con la irónica sonrisa que le era peculiar.

—Veo que se trata de un asunto peligroso. El hombre que le ha dirigido á V. es uno de mis mayores enemigos, y por eso me recomienda siempre esta clase de empresas. No podrá V. menos de reconocer que soy una especialidad bastante rara: así cuando paso de noche por las calles hay que dispensarme el que eche mano á la espada al menor recelo. ¿Que quiere V.? Soy de Sevilla y no se han pasado en vano los primeros años de la vida entre los espadachines de Triana.

—¿Con que es V. español?

—Si, señor, y antes que abogado fuí lo que se llama todo un calavera. A consecuencia de una serenata interrumpida por un duelo á muerte me ví obligado á venir á probar fortuna á Nueva España. Para prosperar en este país contaba con dos circunstancias, que rara vez se encuentran juntas: era maestro en la Jurisprudencia y en el arte de la esgrima. Y á propósito, caballero, debo á V. una satisfacción por el error que he padecido en la calle. En poco ha estado que no le atravesase á V. con la espada. Así pues, para hacerle olvidar á V. esa involuntaria descortesía, permítame ofrecerle un infusión de agua de rosas, ó bien anisado de Cataluña.

Y, sin darme tiempo de responder una palabra, el licenciado me condujo á una mesa, junto á la cual nos sentamos. Mi admiración iba en aumento, al tratar á tan singular personaje. Hasta que nos sirvieron no quiso que le hablara de mi asunto, el cual le expliqué brevemente.

— Está bien, me dijo, se trata de un deudor á quien usted no encuentra. ¿Como se llama?

— ¡Ahl tiene un nombre que parece inspirar gran simpatía á los colegas de V., puesto que ninguno de ellos quiere encargarse de acudir contra él.

— Tengo deseos de ver si ese nombre terrible producirá el mismo efecto sobre mí.

— Mi deudor, le dije en voz baja, se llama don Dionisio Peralta.

El licenciado no pestañeó.

— ¿Y cuanto le debe á V.?

— Tres mil cuatrocientos pesos.

— Subiremos al terrado de esta casa, y allí hablaremos con más libertad. Pero antes permítame usted que despache á esos dos tunantes, que están aguardando su vez. En el interés de V. está que no volvamos á reanudar esta conversación hasta haber recogido entre los que concurren á este garito algunas noticias indispensables. Lo único que pido á V. es que no manifieste la menor sorpresa por mucho que le sorprenda lo que vea ú oiga.

Estreché la mano del licenciado y nos levantamos para acercarnos al grupo de los jugadores, el cual se había aumentado mucho en el rato que estubieramos hablando aparte.

Cercaba el tapete verde una doble fila de curiosos, y gran número de pesos rodaba por la mesa, produciendo un ruido seductor.

El licenciado pasó por delante del yanqui y del vizco, haciéndoles seña de que le aguardasen, y se fué en derechura á un joven que, de pie entre los espectadores, miraba el juego con ávidos ojos.

— Ortiz, le dijo dándole un golpecito en el hombro, ¿tiene V. recado de escribir?

— Sí, señor.

Y el joven sacó de su bolsillo un rollo que contenía plumas, tinta y papel: de fisonomía chupada y

pálida, este muchacho llevaba sobre sus largos y graciosos cabellos un sombrero casi sin alas, y cubría sus hombros una raída esclavina. Era el tipo del amanuense de procurador, capaz de poner á una carta la fortuna de su amo.

El licenciado escribió algunos renglones, dobló el papel y lo entregó al amanuense, dándole algunas instrucciones en voz baja.

El amanuense inclinó la cabeza y salió muy aprisa. don Tadeo me suplicó que aguardase un momento más, mientras él iba á resolver la consulta de ambos clientes, y fuí á mezclarme entre los que estaban agrupados en torno de la mesa.

Era espectáculo curioso, el contemplar aquella reunión de aventureros, entre los cuales parecían haberse dado cita los tipos más extraños y picarecos de las novelas antiguas. Llamóme la atención una cosa muy característica, y fué ver que el banquero tenía delante de sí un cuchillo afilado como navaja de afeitar. La advertencia que dirigió á los jugadores me explicó el uso que pudiera hacer de aquella arma terrible: «Hago saber á los caballeros aquí presentes que, si alguno tratara de confundir la banca con su puesta, le clavo la mano en la mesa sin la menor ceremonia.»

Y por lo que ví la amenaza no ofendió á ninguno, de lo cual deduje que debió presentarse más de una vez el caso previsto por el banquero. Sin embargo de las sorprendentes escenas que presenciaba, iba ya impacientándome, cuando don Tadeo vino á sacarme de allí y me llevó á un rincón apartado, á una mesa ocupada por sus dos clientes el coloso yanqui y el mejicano vizco.

El yanqui acababa de vaciar un vaso anisado de Cataluña, mientras el otro tomaba á sorbitos un refresco de tamarindo.

— Aquí tiene V. dos caballeros, me dijo don Tadeo, dirigiéndome una mirada expresiva, que le qui-

tarán á V. sus escrúpulos de conciencia, respecto á los tres mil cuatrocientos pesos que me debe, y que afirmarán que puede pagármelos con toda tranquilidad de espíritu, con la cesión del crédito de igual suma que tiene V. contra el señor Peralta, el cual honrará su firma con la mejor voluntad del mundo.

—Yo no he dicho eso, clamó el yanqui, lanzando una carcajada brutal. No sé si pagará con buena ó mala voluntad. Lo que sé es que pagará, ó de lo contrario...

—Poco á poco, dijo don Tadeo; desde el momento que Peralta pasa á ser deudor mío, me interesa mucho su vida y deseo que se le respete.

—Aseguro á V. que el señor Peralta pagará sin la menor dificultad, añadió el mejicano entre sorbito y sorbito.

—¿No es Pepito aquel que viene allí con mi escribiente? prorrumpió el licenciado. Vamos... Ortiz ha desempeñado bien su comisión.

El nombre de Pepito me recordó á la hermosa *china*, que tan desconsolada estaba por él. Era uno de esos perdidos de tez morena, cabello en desorden y fisonomía descarada; un tipo de los que sólo se encuentran bajo las tiendas de los jitanos nómadas, ó en las calles de Méjico.

Apenas Pepito reparó en el licenciado, acudió á estrecharle las manos, mostrando el mayor agradecimiento.

—¡Ahl decía, no olvidaré nunca que le debo á usted la vida; pasado mañana debía ser ahorcado, y gracias al bolsillo de V., he recobrado mi libertad. No se haga V. el sorprendido, don Tadeo; sé que es usted mi salvador, porque su escribiente me lo ha dicho.

—Ortiz no sabe lo que dice, repuso el licenciado secamente, pero me alegro de tu suerte; mañana por la mañana tengo que hablarte y cuento contigo; entretanto, aquí tienes un peso para cenar.

— ¡Bah! nunca siento ganas de comer sino cuando estoy sin un cuarto; me jugaré el peso.

Hablando así el famoso Pepito se dirigió á la mesa de juego, á donde le siguieron el yanqui y el vizco. Libre así de esos importunos, don Tadeo me llevó á un sitio apartado.

—Ya ve V. esos tres hombres, me dijo sonriendo; ¿cree V. que hay muchos deudores capaces de resistir á tales alguaciles, sobre todo cuando se trata de un crédito cedido al licenciado don Tadeo? No dudo que comprenderá V. el objeto de esta cesión. Mi nombre es arma muy conveniente para emplearla en esta guerra peligrosa; pero, terminada la lucha, los beneficios serán para V., descontando los gastos de la campaña.

—Bien y cómo hallarán ustedes á ese Peralta? Yo no he podido nunca dar con él.

—Eso corre de mi cuenta, y de los tres sabuesos que acabo de darle á conocer. D. Dionisio Peralta es un mal pagador, pero una buena espada. Ya veremos.

Entonces recordé al licenciado su indicación de hablar algo más de mi asunto y le ofrecí satisfacer su curiosidad. Lo que yo deseaba era una ocasión para observar y conocer mejor aquel singularísimo personaje.

El, adivinando mi intención, consultó su reloj y me dijo:

—Son las diez y media; estoy á las órdenes de usted hasta media noche. Subamos á la azotea, que ahora está desierta. La noche es hermosa y podrá usted explicarme su asunto sin testigos.

